

Elías Canetti, una cruda claridad

A Rafael Sánchez Ferlosio

I. Un pensador libre

Elías Canetti (1905, Rustschuck, Bulgaria — 1994, Zurich, Suiza), hijo de judíos españoles procedentes de Cañete (Cuenca), es uno de los pensadores más importantes del siglo XX. Tal vez esta afirmación no constituya para los conocedores de su obra una sorpresa o una novedad que necesite justificación, pero me temo que para una gran mayoría de sus lectores es otro Canetti el que prevalece y está vigente.

Elías Canetti es mayoritariamente conocido por haber sido premio Nobel de Literatura en 1981 y por ser el autor de una célebre novela, *Auto de fe*; de una autobiografía intelectual en forma de trilogía, *La lengua absuelta*, *La antorcha al oído* y *El juego de los ojos*; de relatos o impresiones de viaje, *Las voces de Marrakech*, y de un ensayo genial y original como pocos, *Masa y poder*, en el que depositó media vida y todas sus esperanzas como escritor y con el que creyó haber agarrado a este siglo por el pescuezo. Sin embargo, Canetti es también el autor de una serie de cuadernos de notas que contienen toda clase de apuntes, aforismos y reflexiones, de varias de las cuales poseemos hasta ahora una selección aparecida en tres volúmenes: *La provincia del hombre*, *El corazón secreto del reloj* y *El suplicio de las moscas*¹. Estos volúmenes están ordenados cronológicamente (abarcan desde 1942 hasta poco antes de su muerte) y dan testimonio, junto con *Masa y poder*, de una de las miradas más penetrantes que se han dirigido sobre este siglo de las sombras que está a punto de llegar a su fin. Un siglo en el que el poder ha logrado sus formas más sutiles, bárbaras y totalitarias y en el que, gracias al progreso, se ha matado mucho y bien. El poder y la muerte, o la muerte y el poder, tanto da, y la relación íntima

¹ Estas tres obras las citaremos en adelante con las siguientes abreviaturas: PH: *La provincia del hombre*, Taurus, Madrid 1986; CSR: *El corazón secreto del reloj*, Muchnik Editores, Barcelona 1987, y SM: *El suplicio de las moscas*, Anaya & Mario Muchnik, Madrid 1994.

entre ambos constituyen precisamente los dos grandes temas de la reflexión de Canetti, las dos grandes obsesiones de su mirada.

El contenido de los mencionados cuadernos les convierte en un género de escritura difícil de clasificar, que sólo tiene precedentes en los *Diarios* de Kafka y, sobre todo, en los *Aforismos* de Lichtenberg. Son una especie de cajón de sastre donde cabe todo: ocurrencias, apuntes del natural, ideas que se cogen al vuelo como mariposas raras y valiosas fruto de una curiosidad libre y caprichosa, deseando fijar la vida en sus saltos y no en su coherencia. Son pensamientos sueltos que procuran soltar el pensamiento, liberarlo de su paranoico deseo de cohesión y rígida fortaleza. Aparece la reflexión en su brotar espontáneo, sin la pretensión falsaria de saberlo todo o desde el Todo. Surge la inteligencia fresca, errática y nómada, inocente, sin necesidad de justificarse o traicionarse, como un destello de lucidez instantánea que quiere escapar a la falta de honradez que supone todo afán de cerrado sistema y al deseo de poder que alimenta ese afán.

Esta forma de escribir no es ajena a un modo de pensar, sino su consecuencia necesaria. Canetti aparece en estos cuadernos más que nunca como un pensador libre, en estado puro, ajeno a escuelas, tradiciones, tecnicismos y jergas académicas, con un lenguaje limpio y directo. Por eso cabe llamarle librepensador en un nuevo sentido, diferente al que se usa para nombrar a algunos escritores franceses e ingleses de los siglos XVII y XVIII, librepensador en el sentido de lo que Schopenhauer llamaba *Selbstdenker* poniendo a Lichtenberg como modelo; es decir, el verdadero filósofo, el hombre que piensa por y para sí mismo. Para Canetti librepensador es también el hombre que respira, que toma aliento y piensa sin premeditación, sin dejarse someter ni siquiera al afán reflexivo, el que carece de metas y de intenciones para no verse atrapado por los «hombres» y «dignidades»:

Los puestos honoríficos son para los débiles mentales; es mejor vivir en el oprobio que en el honor; sobre todo, ninguna dignidad; libertad, a cualquier precio, para pensar (PH, 21).

Tal libertad de estilo y de actitud hacen de Elías Canetti un pensador atípico, a filosófico y asistemático, caso del que Cioran podría ser otro buen ejemplo en este siglo, aunque cada uno tenga su propio tono y sus propias razones para ello. Casos como éstos, y otros más que podrían añadirse hasta hacer una lista interminable (en la España actual, sin ir más lejos, una de nuestras más profundas y singulares inteligencias: Rafael Sánchez Ferlosio) ponen en entredicho la identificación automática entre filosofía y pensamiento o la delimitación estricta de sus fronteras, e invitan a entender la primera como una de las formas históricas del segundo. Para acabar con la asimetría entre pensamiento y filosofía sería aconsejable derribar

de una vez por todas la concepción disciplinaria de esta última y acogerse a la generosa definición que Cioran dio del filósofo:

Hemos llegado a un punto de la historia en que es necesario, creo, ampliar la noción de filosofía. ¿Quién es filósofo? El primero que llegue roído por interrogaciones esenciales y contento de estar atormentado por una lacra tan notable².

Canetti encuentra en la actitud tópica y tradicional del filósofo más taras que virtudes; le repele, por ejemplo, el proceso de vaciamiento de la realidad que éste realiza cuando piensa, como si su lenguaje, viciado por artificioso, anulara el mundo. Culpa a la filosofía de haber perdido la inocencia al cargar con el lastre de la historia y de enmarañarse en su propia autocontemplación estéril, al tiempo que vive permanentemente tentada por la exigencia legitimadora que el poder le plantea a cada instante. Pero, por encima de todo lo anterior, el principal reproche que dirige a los filósofos es su afán paranoico de coherencia, su voluntad de sistema:

Cuando todo encaja perfectamente, como en los filósofos, deja de tener significado. Por separado, hiere y cuenta (*CSR*, 177).

Pocos escritores han desvelado con tanta profundidad la relación entre pensamiento y poder. Canetti sabe que toda voluntad de sistema responde a una voluntad de poder en la que poder y saber se identifican, sabe que un sistema es un pensamiento en formación de combate y siente desconfianza hacia toda reflexión que se cierra sobre sí misma y se explica. Odia a quienes construyen sistemas rápidamente, a esa gente que registra cuanto corrobora sus ideas en lugar de hacerlo con lo que las refuta y debilita. Concibe el pensamiento como un anhelo de metamorfosis y a su sombra, la estupidez, la paranoia del pensamiento, como un férreo deseo de identidad. Por eso sitúa la esperanza en aquello que queda excluido de todo sistema y busca una felicidad en la que sea posible perder en paz la propia unidad. Canetti sabe también que se piensa como se es y que hay dos tipos de espíritus, los que se instalan en casas, cargos o cátedras y los que se instalan en heridas y a la intemperie. Los primeros tienen, como dice una canción de García Calvo, «la cara del que sabe» y los segundos la del que se angustia y duda:

Dos tipos de personas: a unos les interesa lo estable de la vida, la posición que es posible alcanzar, como esposa, director de escuela, miembro de consejo de administración, alcalde; tienen siempre la vista fija en este punto que un día se metieron en la cabeza... El otro tipo de personas quieren libertad, sobre todo libertad frente a lo establecido. Les interesa el cambio; el salto en el que lo que está en juego no son escalones, sino aberturas. No pueden resistir ninguna ventana y su dirección es siempre hacia fuera. Saldrían corriendo de un trono del cual, en caso de que estuvieran sentados en él, ninguno de los del primer grupo sería capaz de levantarse ni un milímetro (*PH*, 79).

² En Fernando Savater, *Ensayo sobre Cioran*, Taurus, Madrid 1974, pág. 12.

Los cuadernos de notas de Elías Canetti son la más espléndida configuración de un pensamiento en movimiento, en marcha, nómada, en el exilio, en permanente mutación; son la más radical denuncia de un pensar estancado, fosilizado, fortificado e institucionalizado, un pensar que adopta posiciones defensivas, paranoicas, que envejece por miedo a la libertad de la inteligencia y pretende paralizarla o aniquilarla. Esos cuadernos son también el modo de respirar de un espíritu libre que no quiere creer en sí mismo, al que le repugna sentirse «realizando una obra», convirtiéndose en una «autoridad», y que quiere reducir la aparición del poder en la escritura a su mínima expresión. Para Canetti la escritura es un modo de repulsa de todo lo que nos niega o envilece, de resistencia contra el tiempo, el poder y la muerte, porque escribir es también un modo de tener fe y de defender la esperanza contra la hegemonía de la desesperación.

Canetti se siente a la vez cómplice de los pensadores que pueden decir lo terrible (Hobbes, De Maistre), de los que no se avergüenzan de sí mismos (Unamuno), de los escritores capaces de mirar el horror de la existencia con los ojos bien abiertos (Kafka), de aquellos cuya curiosidad está libre de toda atadura (Lichtenberg), de los que no tienen nunca prisa (Montaigne) y de quienes le han mostrado el carácter singular e insustituible de todo hombre (Stendhal). Prefiere a los espíritus iluminadores y que necesitan pocas palabras (Heráclito y Lao-Tse) a aquellos que todo lo ordenan y compartimentan, cuya lectura le repugna (Aristóteles) y, sobre todo, admira a los que le permiten respirar:

Filósofos con los que uno se dispersa: Aristóteles.

Filósofos que no dejan levantar cabeza: Hegel.

Filósofos para inflarse: Nietzsche.

Para respirar: Xuang-tse (CSR, 21).

Canetti pertenece al gremio de los pensadores «aficionados», cuyo santo patrón es Sócrates, de los que ni dominan ni practican la profesión, ni maldita la falta que les hace; es uno más de esos «advenedizos» carentes de autoridad, sin título ni cátedra, que han dado siempre a nuestra cultura fresca y vigor. Puede ser incluido entre todos esos escritores «sospechosos» de falta de rigor y coherencia que tanto han honrado en los tiempos modernos la acción de pensar (Montaigne, Pascal, Nietzsche, Kierkegaard, Unamuno, Camus, etc.).

II. La vanidad trágica

El sentimiento recurrente que se desprende de la reflexión de Canetti es una singular experiencia de la angustia, la experiencia de un conflicto